

Una extraña y hermosa leyenda asegura que el enigmático Conde Cagliostro dejó escrito el destino de los tiempos sobre las piedras de El Escorial

Interesantísimas revelaciones a tal respecto del ilustre investigador, "continuador" de la "España Sagrada" Fray Angel Custodio Vega

La transición de un año a otro (esta época tan propicia al recuerdo y a la meditación), trae a nuestra memoria la extraña leyenda que asegura que sobre las piedras de El Escorial dejó escrito el futuro de los tiempos ese legendario personaje que ha pasado a la historia con el nombre de Conde Cagliostro.

La susodicha leyenda asegura que el pintoresco José Bálsamo se presentó inopinadamente en El Escorial, durante la construcción del regio monumento funerario que mandara erigir nuestro Felipe II y, embaucando a sus artífices, logró que le permitiesen escribir ciertos signos cabalísticos (aunque perfectamente claros para los entendidos en magia caldea), sobre las bolas de granito que adornan la lonja. Según éstos, una tierra no existente, poblada por hombres altos, blancos y de pelo rojo, surjirá del mar junto a las islas Canarias. Estos hombres, en unión de los árabes, invadirán en el primer siglo de profecías el Mediterráneo, implantando una nueva civilización.

Hacia el año 1990, la ciudad de París será destruida por una centella venida del cielo. Los más impresionables aseguran que esta centella será la bomba atómica. (¿No será ésta un artefacto ya anticuado en aquella época?).

Las bolas de El Escorial también señalan un largo período de paz, de una no despreciable duración de tres siglos; durante ellos habrá un gran progreso científico y una general prosperi-

dad.

Acabado el período de paz, aparece el Anticristo. Y aquí se arma, señores, la marimorena. Durante un siglo nos atacarán los ejércitos demoniacos, y nosotros nos defenderemos como leones; pero, al fin, la fuerza vencerá al tesón y el enemigo entrará en nuestra Patria a sangre y fuego. El último baluarte de la civilización y del bien es abatido.

Después dos líneas rojas cruzadas; que presagian, según los entendidos, la terminación del mundo por el fuego.

Y por último, una bola totalmente, lisa, sin marca alguna. Para unos significa la supervivencia de la Tierra. Algo así como la victoria de la materia sobre el espíritu. Para otros es más bien el Paraíso, donde vivirán eternamente las almas puras.

Hasta aquí lo que una leyenda tan extraña como divertida, al menos para un espíritu reposado, nos cuenta.

* * *

La casualidad, fiel aliada de periodista, ha conducido nuestros pasos hasta el despacho del ilustre agustino Fray Angel Custodio Vega, académico de número de la Real Academia de la Historia, «continuador» de obra tan extraordinaria como es la «España Sagrada». Autor de obras interesantísimas sobre San Agustín y Fray Luis de León. Famoso en el campo de investigación por sus sorprendentes hallazgos de piezas de inestimable valor; como son el opúsculo de San Isidro de Sevilla



«Sobre las herejías», y de doce capítulos inéditos de la obra de su hermano y predecesor en la sede hispalense, San Leandro, intitulado «De la institución o formación de las vírgenes» Documentos ambos buscados durante siglos y siglos. También a él se debe (así lo asegura la más calificada crítica moderna) la mejor edición que del maravilloso libro de «Las confesiones de San Agustín» se ha hecho hasta el presente. Creo que con esto queda bien patente la personalidad de nuestro cicerone en el inquietante tema que vamos a tratar.

El Padre Vega es la sencillez, la amabilidad y simpatía cobijadas en un hábito de San Agustín, me recibe cordialmente y sin apartar la sonrisa de sus labios escucha con suma atención mi embajada, moviendo de vez en cuando la cabeza con un gesto negativo.

—Nada de lo que dice usted existe—me asegura con absoluta convicción—Debido a esta manía mía de interesarme por todo lo ocurrido en siglos anteriores, he revisado repetidas veces las diversas historias de la fundación del Monasterio y las inscripciones que en el transcurso del tiempo se han ido colocando en diversas partes del edificio y nada hay que se refiera a lo que usted indica.

—Pero la leyenda dice que en la lonja...—apunto tímidamente.

—Eso podemos comprobarlo ahora mismo.

Te puedo asegurar, lector, porque mis ojos lo han visto, que en la lonja no hay más que unas bolas de granito, en número de veinte, de adorno sobre el pretil. Están mondas y lirondas, como bolas de billar. Ni el paso del tiempo ha hecho mella en ellas. Son, además —según me ha asegurado mi ilustre guía—del tiempo de Carlos III

El insigne agustino, todo caballerosidad, me acompaña hasta el coche. En leve trayecto va diciéndome

Siempre el hombre se sintió interesado y atraído por el futuro de los tiempos. Sin embargo, por mucho que quieran convencernos, nada verdaderamente claro y definitivo pudo nadie aportar sobre tan apasionante tema. Tal vez sea porque. ¡Dios sobre todos! El es el único guardador y sabedor de ese futuro.

Profundamente agradecida, me despido del Padre Vega. Al besar su mano pienso cuán hermoso y agradable, sobre todo para el que le trata, es poder ser a un mismo tiempo sabio y «santo»

El coche rueda ya camino de Madrid. Atrás queda ese grandioso monumento que, con inscripciones de Cagliostro o sin ellas, a mi tiene la virtud de conmovirme.

Florencia M.^a Ortiz